

# ALOCUCIÓN DEL P. PETER-HANS KOLVENBACH

## EN EL COLEGIO “SAN JOSÉ”

Villafranca de Los Barros (Badajoz – España)

Diciembre 2 de 1999

Es una gran satisfacción encontrarme con todos vosotros en el colegio “San José”, del que tantas y tan buenas cosas había oído, y que por fin puedo hoy visitar por primera vez. Saludo de manera especial al P. Rector, al P. Director General y a la comunidad de jesuitas, a los profesores, padres de familia, antiguos alumnos, y a todos los que colaboran en esta obra educativa de la Compañía.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para referirme a grandes rasgos a algunas notas características de la educación de la Compañía hoy, y ofreceros algunas reflexiones a partir de la realidad concreta de vuestro colegio.

El colegio “San José” tiene una trayectoria más que centenaria al servicio de la educación. Concebido inicialmente como internado para alumnado forastero, se ha ido abriendo con el tiempo a alumnos de toda procedencia, sobre todo del pueblo y de sus alrededores. Quiero ver en esto un signo de la voluntad de la Compañía de no restringirse a una sola franja de la sociedad, sino de ampliar su acción a todos los sectores y **hacer asequible su educación a todos** los que deseen educarse en nuestros colegios, sin discriminación de ningún tipo.

Hace cuatrocientos años, la célebre *Ratio Studiorum*, o plan de estudios de los colegios de jesuitas, establecía justamente en una de sus reglas: “nadie debe ser excluido por ser de condición humilde o pobre”. La gratuidad era entonces norma general en nuestros colegios. El contexto económico mundial ha cambiado, pero sigue en pie el deseo de la Compañía de no reducirse a una clase social, sino de llegar a todos. Nuestra educación no puede ser exclusiva ni excluyente, ni puede convertirse en un simple valor de mercado, al alcance únicamente de quienes cuentan con recursos económicos.

Están más que superados aquellos tiempos en que, conforme a la mentalidad de la época, el colegio “San José” impartía educación a dos niveles, para ricos y para pobres, en el internado y en las “escuelitas”. Una creciente sensibilidad social y un espíritu más democrático llevó al colegio, ya desde hace algunos años, a buscar una mayor justicia e igualdad con la **integración total del alumnado**. Es un deber reconocer en este aspecto los esfuerzos realizados por la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús, los antiguos alumnos y los padres de familia, y la constitución de la Fundación, con el fin de mejorar y ampliar el servicio educativo del colegio, y de ofrecer a todos una real igualdad de oportunidades.

Paradójicamente, toda educación tiende a acrecentar la desigualdad, si no se tiene cuidado de darle un signo determinado. La **calidad, la excelencia** --considerada como una de las características típicas de la educación jesuítica-- pueden pervertirse hasta desembocar en un auténtico “darwinismo”, en que solo los más fuertes sobreviven y los débiles son eliminados. Si “saber es poder”, hoy más que nunca saltan a la vista los efectos de una sociedad en que el

conocimiento y la información se están constituyendo en fuentes de poder desmedido, en perjuicio de quienes pueden o tienen menos, y de aquellos cuyo acceso al conocimiento es muy limitado.

Siguiendo el principio ignaciano, es preciso preguntarnos constantemente el porqué y el para qué de nuestra educación. El **“más” de Ignacio de Loyola** nunca es sinónimo de dominación, ni se ejercita únicamente en beneficio propio, sino siempre al servicio de otros, a ejemplo del Señor, que no vino a ser servido sino a servir. El “más” no es elitista y exclusivo, sino siempre inclusivo. El “más” va siempre ligado a un “menos”: los que menos pueden, tienen o saben. El “más” no puede realizarse a costa de los “menos”. No se puede aspirar a ser “grandes” sin pensar obligadamente en los “pequeños” de este mundo, en los más débiles y desamparados. Perderlos de vista --en educación, en economía, en política--, es acabar pactando con una sociedad que acentúa cada día más las desigualdades y la injusticia.

La educación jesuítica busca siempre el “más” y la excelencia. Pero no puede descuidar el **objetivo final del conocimiento, de la ciencia, de la técnica** y de toda actividad humana, que es --usando también palabras muy ignacianas-- “el servicio de Dios y el bien del prójimo”. Esta intencionalidad debe atravesar toda la educación. Sin ella, nuestra acción carece de verdadero sentido. La palabra de Jesús, que Ignacio hizo suya, resuena hoy con palpitante actualidad: “¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si malogra su vida?”(Mt.16,26). La espiral del conocimiento, la ciencia y la técnica es indefinida. La ambición de saber, tener y poder debe tener algún límite. Este límite está marcado por el derecho de todo ser humano (y no solamente de unos pocos) a su pleno desarrollo, y por el uso respetuoso y equitativo de los bienes de la naturaleza, de acuerdo al plan de Dios.

Educamos no solo para el provecho de cada individuo, sino **para el bien de toda la sociedad**. Lo habéis oído muchas veces, pero no me cansaré de repetirlo una vez más. Un colegio de jesuitas --este colegio-- pretende de sus alumnos no solo la excelencia académica sino la humana; no solo la competencia sino el espíritu de servicio; no solo la ciencia sino la conciencia; no solo el conocimiento sino la sabiduría, que es un don del Espíritu. La dimensión valoral, social, ética y moral son ineludibles en nuestra educación. Sin esta orientación fundamental, que es la que da sentido profundo a la educación jesuítica, este colegio y todos los demás colegios perderían su razón de ser, y no pasarían de ser sino unos buenos centros educativos, pero no lo que la Compañía tiene derecho a esperar de sus colegios.

Me complace saber que el colegio refleja de diversas maneras **su inquietud social y su apertura al otro**, a través de proyectos como el hermanamiento con centros de “Fe y Alegría” en el Perú. Sé también del importante trabajo que se está cumpliendo desde hace diez años en la “Escuela de Padres”, y de vuestro empeño constante por ofrecer una formación integral, en el triple aspecto académico, humano y cristiano. Todo ello dice mucho de vuestro compromiso por hacer del colegio una palanca para la transformación de la persona y de la sociedad, en busca de un mundo más humano y más acorde con los valores del Reino de Dios.

Pieza clave de vuestro proyecto es el trabajo en equipo, con la participación conjunta de todos los agentes educativos. El papel que en este punto corresponde a **los profesores**, es de primer plano. Vosotros, queridos profesores y profesoras, no sois simplemente los profesionales expertos en vuestras respectivas especialidades, encargados de la materialidad de la enseñanza, sino que estáis comprometidos en una línea que va más allá de vuestra propia profesión.

En el campo de vuestra especialidad, la constante puesta al día y la reconversión es un imperativo ineludible, como ocurre hoy con cualquier profesión. Pero, además, recae sobre vosotros otra responsabilidad: la de **identificaros con la orientación fundamental del centro**, y de comunicar esta dimensión en vuestra enseñanza. La misión o el carácter propio del colegio no es asunto ante el cual uno pueda sentirse ajeno o encogerse de hombros. Esta tarea no es exclusividad de los jesuitas, sino que la compartís vosotros con ellos. En el día a día de vuestras clases y de vuestra relación con los alumnos, con vuestra palabra y vuestro ejemplo, a vosotros también os toca el ser portadores y testigos de la identidad jesuítica del colegio.

Dada la disminución del número de jesuitas y el papel que corresponde a los laicos en la Iglesia, es lógico que **los laicos asuman un papel cada vez más sobresaliente** en esta línea. La Compañía no teme en confiar a los laicos responsabilidades en la gestión de sus centros, como ya está ocurriendo en muchas partes, en la medida en que estén identificados y comprometidos con la inspiración ignaciana y con la misión propia de la Compañía.

Esto implica **el conocimiento y la profundización de la espiritualidad ignaciana**, de la tradición pedagógica de la Compañía y de las características propias de nuestra educación. Los jesuitas gustosamente contribuirán, como ya lo están haciendo, para brindaros oportunidades de una mejor preparación en esta línea. La raíz de nuestra identidad espiritual y pedagógica, la encontraréis en la experiencia de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. En ella descubrimos el sentido profundo de nuestra vida y de nuestra misión en el mundo.

Quiero referirme, para concluir, a lo que constituye para un colegio de la Compañía el objetivo último de la educación: su **carácter evangelizador**. Sin esta dimensión, la educación de la más alta calidad quedaría trunca. Anunciar y hacer presente a Cristo en las vidas de los alumnos, padres de familia, profesores, antiguos alumnos y de todos los que se relacionan con el colegio, es para nosotros una misión irrenunciable. Esta misión incumbe no solo a los jesuitas y al equipo pastoral, sino a todos los miembros de la comunidad educativa. Más que de “pastoral en el centro”, habría que hablar de “centro en pastoral”.

El ambiente que nos rodea no es muy propenso a favorecer la dimensión espiritual y cristiana en nuestras vidas. A pesar de ello, sin caer en fundamentalismos ni en triunfalismos de ningún tipo, este colegio y los colegios de la Compañía hacen profesión de su **carácter cristiano y católico**. Cristiano significa que Jesucristo es el centro. Católico significa que la comunidad no se encierra en sí misma, o en una vaga adhesión a un Cristo sin Iglesia, sino que se inserta en la comunidad de la Iglesia de Cristo. Respetamos otras creencias y la conciencia de cada persona, pero no nos recataremos de proclamar abiertamente nuestra fe en Jesucristo y

nuestra fidelidad a su Iglesia, en su misteriosa dimensión divina y humana.

En un momento en que (como han manifestado los Obispos de Europa en su reciente Asamblea para el Sínodo) los cristianos de este Continente parecen replegarse en un anonimato casi vergonzante, anunciaremos con valentía nuestra fe desde los tejados y confortaremos a los creyentes. La misma Asamblea ha señalado que los **signos de esperanza** son más numerosos de lo que se pudiera imaginar. El ansia de Dios de jóvenes y no tan jóvenes, y la búsqueda de sentido a sus vidas, es mayor de lo que pareciera.

Tal vez ninguna plataforma, como la de la educación, se presta tanto hoy en día para el anuncio y la vivencia comunitaria de la fe. Pocos púlpitos se encontrarán para llegar de manera tan efectiva y continuada al corazón de los alumnos, de sus familias y de toda la comunidad. Me complace mucho que el colegio “San José” lo haya comprendido así, y que se haya propuesto **hacer de todo el centro un centro evangelizador**.

Estos son algunos de los trazos de la educación de la Compañía en nuestros días, que quería compartir con vosotros con ocasión de mi rápida visita al colegio “San José”. Espero que estas reflexiones puedan servir de inspiración y aliento. Que el santo patriarca, a quien con María cupo en suerte la responsabilidad de educar a Jesús niño, os conforte en vuestra tarea. Y que el Señor haga fructificar vuestro trabajo al servicio de la misión educativa de la Compañía, “para la gloria de Dios y el bien de las almas”.